



EL
CIRUJANO
Tess Gerritsen

Un asesino silencioso se desliza en las casas de las mujeres y entra en las habitaciones mientras ellas duermen. La precisión de las heridas que les inflige sugiere que es un experto en medicina, por lo que los diarios de Boston y los atemorizados lectores comienzan a llamarlo «el cirujano». La única clave de que dispone la policía es la doctora Catherine Cordell, víctima hace dos años de un crimen muy parecido. Ahora ella esconde su temor al contacto con otras personas bajo un exterior frío y elegante, y una bien ganada reputación como cirujana de primer nivel. Pero esta cuidadosa fachada está a punto de caer ya que el nuevo asesino recrea, con escalofriante precisión, los detalles de la propia agonía de Catherine. Con cada nuevo asesinato parece estar persiguiéndola y acercarse cada vez más...

Prólogo

Hoy encontrarán su cuerpo.

Sé cómo sucederá. Puedo visualizar con bastante nitidez la secuencia de hechos que conducirá al descubrimiento. Para las nueve, esas mujeres frívolas de la agencia de viajes Kendall y Lord estarán sentadas frente a sus escritorios, las uñas finamente cuidadas golpeteando los teclados de las computadoras, reservando un crucero por el Mediterráneo para la señora Smith, unas vacaciones de esquí en Klosters para el señor Jones. Y para el señor y la señora Brown algo distinto este año, algo exótico, tal vez Chiang Mai o Madagascar, pero nada demasiado accidentado; oh, no, la aventura debe ser, sobre todo, comfortable. Ésa es la premisa en Kendall y Lord: «Aventuras confortables». Es una agencia llena de trabajo, y el teléfono suena a cada instante.

No les llevará demasiado tiempo a las damas advertir que Diana no está en su escritorio.

Una de ellas llamará a la casa de Diana en Back Bay, pero el teléfono sonará sin que contesten. Quizá Diana está en la ducha y no lo puede oír. O tal vez ya salió para el trabajo y está demorada. Una docena de posibilidades perfectamente razonables se cruzarán por la mente de su compañera de trabajo. Pero a medida que el día avance, y las insistentes llamadas sigan sin contestación, otras posibilidades más perturbadoras acudirán a su mente.

Supongo que será el encargado del edificio el que dejará pasar a la compañera de Diana a su apartamento. Lo veo entrechocando nervioso sus llaves mientras dice: «¿Usted es su amiga, verdad? ¿Está segura de que no le molestará?

Porque voy a tener que decirle que la dejé entrar». Pasan al departamento, y la compañera la llama. «¿Diana? ¿Estás en casa?». Dejan atrás la recepción, con sus pósters de viaje elegantemente enmarcados, el encargado tras ella, controlando que no robe nada.

Entonces se asoma por la puerta del dormitorio. Ve a Diana Sterling, y ya no le preocupa algo tan irrelevante como el robo. Sólo quiere salir del apartamento antes de vomitar.

Me gustaría estar ahí cuando llegue la policía, pero no soy idiota. Sé que estudiarán cada auto que pase a baja velocidad por la zona, cada rostro que mire fijamente entre los curiosos reunidos en la calle. Saben que mi deseo de volver es fuerte. Incluso ahora, sentado aquí en Starbuck's, mirando cómo el día se aclara tras la ventana, siento ese cuarto llamándome. Pero soy como Ulises, fuertemente atado al mástil de mi nave, atraído por el canto de las sirenas. No me estrellaré contra las rocas. No cometeré ese error.

En cambio, estoy aquí sentado y tomo mi café mientras afuera la ciudad de Boston despierta. Revuelvo tres cucharadas de azúcar en mi taza; me gusta el café dulce. Me gusta que todo sea así. Que sea perfecto.

Una sirena aúlla en la distancia, llamándome. Me siento como Ulises forcejeando con las cuerdas, pero ellas son más fuertes.

Hoy encontrarán su cuerpo.

Hoy sabrán que estamos de regreso.

Uno

Un año después

Al detective Thomas Moore le desagradaba el olor del látex, y mientras se colocaba los guantes con un chasquido, liberando una nubecita de talco, sintió la consabida punzada de una náusea en camino. El olor estaba relacionado con los aspectos más desagradables de su trabajo, y al igual que el perro de Pavlov, entrenado para salivar ante un estímulo, había llegado a asociar ese aroma gomoso con el inevitable complemento de sangre y fluidos corporales. Una advertencia olfativa para ponerse en guardia.

Y eso hizo, mientras esperaba fuera de la sala de autopsias. Venía directo del calor, y la transpiración ya le hacía picar la piel. Era una húmeda y brumosa tarde la de ese viernes 12 de julio. A lo largo de la ciudad de Boston los equipos de aire acondicionado rechinaban y goteaban, y la temperatura no hacía más que subir. Los autos sobre el puente Tobin ya estarían retrocediendo en su huida al norte, hacia los frescos bosques de Maine. Pero Moore no estaba entre ellos. Había sido llamado de nuevo al trabajo en sus vacaciones para ver un horror que no tenía deseos de confrontar.

Ya estaba vestido con el guardapolvos quirúrgico que había tomado del carro de ropa blanca de la morgue. Luego se colocó una gorra descartable para contener los pelos rebeldes, y deslizó sus zapatos en unos escaarpines de pa-

pel. Sabía qué era lo que a veces se derramaba de la mesa hacia el suelo. La sangre, los pedazos de tejido. No era de ningún modo un hombre prolijo, pero no tenía interés en llevar a su casa, encima de los zapatos, algún resto de la sala de autopsias. Se detuvo por unos pocos segundos frente a la puerta y respiró profundo. Entonces, resignándose al duro trance, se abrió paso hacia la sala.

El cadáver cubierto —una mujer, a juzgar por su figura— yacía sobre la mesa. Moore evitó mirar demasiado a la víctima y prefirió concentrarse en la gente viva que estaba en la sala. El doctor Ashford Tierney, médico forense, y un asistente de la morgue disponían los instrumentos sobre una bandeja. Del otro lado de la mesa Moore tenía frente a él a Jane Rizzoli, también de la Unidad de Homicidios de Boston. Rizzoli, de treinta y tres años, era una mujer pequeña de mandíbulas cuadradas. Sus indomables rizos estaban ocultos bajo la gorra quirúrgica, y sin el pelo negro para suavizar sus rasgos, la cara parecía toda ángulos ásperos; sus ojos oscuros, desafiantes e intensos. Había sido transferida de Vicios y Narcóticos a Homicidios seis meses atrás. Era la única mujer en la Unidad de Homicidios, y ya se habían producido problemas entre ella y otro detective, acusaciones de acoso sexual y contraataques de implacable ferocidad. Moore no estaba seguro de que le gustara Rizzoli, o de que Rizzoli gustara de él. Hasta el momento habían mantenido sus interacciones dentro de lo estrictamente profesional, y él consideraba que ella lo prefería de ese modo.

De pie junto a Rizzoli estaba su compañero Barry Frost, un policía de ineludible placidez cuya cara anodina y lampiña lo hacía parecer mucho más joven que sus treinta años. Frost, que trabajaba con Rizzoli desde hacía dos meses sin una sola queja, parecía el único hombre lo suficientemente apacible como para soportar sus rudos modales.

Mientras Moore se acercaba a la mesa, Rizzoli dijo:

—Nos preguntábamos cuándo aparecerías.

—Estaba en la autopista de Maine cuando me llamaste.

—Estamos esperando aquí desde las cinco.

—Y yo recién comienzo el examen interno —dijo el doctor Tierney—. De modo que el detective Moore llegó justo a tiempo.

Un hombre en defensa de otro hombre. Cerró la tapa del botiquín con vehemencia, dejando en el aire un reverbero metálico. Era una de las raras ocasiones en que demostraba su irritación. El doctor Tierney, nativo de Georgia, era un cortés caballero que creía que las damas debían comportarse como tales. No disfrutaba trabajando con la quisquillosa Jane Rizzoli.

El asistente de la morgue acercó una bandeja de instrumentos quirúrgicos a la mesa, y sus ojos se cruzaron brevemente con los de Moore, como diciendo: «¡Esta mujer es imposible!».

—Lamento lo de tu viaje de pesca —le dijo Tierney a Moore—. Da la sensación de que tus vacaciones han sido canceladas.

—¿Estás seguro de que se trata nuevamente de nuestro muchacho?

Como respuesta, Tierney alcanzó el extremo del lienzo y tiró para atrás, revelando el cadáver.

—Su nombre es Elena Ortiz.

Si bien Moore se había preparado para esta visión, la primera imagen de la víctima tuvo el impacto de un golpe físico. El pelo negro de la mujer, pegoteado de sangre, resaltaba como agujas de puercoespín contra una cara del color de un mármol con vetas azules. Tenía los labios entreabiertos, como congelados en medio de una frase. Ya habían lavado la sangre del cuerpo y sus heridas se abrían en rasgaduras purpúreas sobre la tela gris de la piel. Había dos heridas visibles. Una era un corte profundo alrededor de la garganta, que se extendía debajo de la oreja izquierda, pasaba por la arteria carótida izquierda y dejaba al descubierto el cartílago laríngeo. El *coup de grace*. El segundo

corte se ubicaba en el bajo vientre. Esa herida no estaba destinada a matar; había servido a un propósito completamente distinto.

Moore tragó saliva.

—Ya veo por qué interrumpieron mis vacaciones.

—Esta vez yo estoy a cargo —dijo Rizzoli.

Advirtió la nota de amenaza en su declaración; ella protegía su terreno. Comprendió por qué. Las constantes recriminaciones y el escepticismo que debían afrontar las mujeres policías hacía que se ofendieran con facilidad. En realidad no tenía intenciones de desafiarla. Deberían trabajar juntos en esto, y el juego recién comenzaba como para ya estar batallando por el dominio de la situación.

Tuvo el cuidado de mantener un tono respetuoso.

—¿Podrías ponerme al tanto de los hechos?

Rizzoli hizo un breve gesto de asentimiento.

—La víctima fue encontrada a las nueve de esta mañana, en su departamento de Worcester Street, en el South End. Por lo general comenzaba a trabajar a las seis de la mañana en Celebration Florists, a unas pocas cuadras de su casa. Un negocio familiar, regentado por sus padres. Como no apareció, ellos se preocuparon. Su hermano fue a buscarla. La encontró en el dormitorio. El doctor Tierney estima que el momento del deceso se produjo entre la medianoche y las cuatro de la mañana. De acuerdo con la familia, no tenía novio, y nadie en el edificio recuerda haber visto a una visita masculina. No era más que una chica católica que trabajaba duro.

Moore observó las muñecas de la víctima.

—Fue inmovilizada.

—Sí. Con tela adhesiva en las muñecas y los tobillos. La encontraron desnuda. Sólo llevaba unos artículos de joyería.

—¿Qué clase de joyas?

—Una cadena. Un anillo. Aros. El alhajero de la habitación estaba intacto. El móvil no fue el robo.

Moore miró un hematoma horizontal a lo largo de la cadera de la víctima.

—También le inmovilizaron el torso.

—Tela adhesiva alrededor de la cintura y en los muslos. Y también en la boca.

Moore dejó escapar un profundo suspiro.

—¡Dios! —Observando a Elena Ortiz lo asaltó el confuso recuerdo de otra joven mujer. Otro cadáver, una rubia, con cortes rojo carne atravesando el cuello y el abdomen.

—Diana Sterling —murmuró.

—Ya conseguí el informe de la autopsia de Sterling —dijo Tierney—. En caso de que necesites revisarlo.

Pero Moore no lo necesitaba; el caso Sterling, en el que había sido detective en jefe, nunca se había apartado demasiado de su mente.

Un año atrás, Diana Sterling, de treinta años, empleada de la agencia de viajes Kendall y Lord, había sido descubierta desnuda y atada a su cama con tela adhesiva. La garganta y el bajo vientre habían sido cortados. El asesinato seguía sin resolverse.

El doctor Tierney dirigió la luz hacia el abdomen de Elena Ortiz. Ya se había limpiado la sangre, y los bordes de la incisión eran de un rosa pálido.

—¿Hay rastros de evidencia? —preguntó Moore.

—Recogimos unas pocas fibras antes de lavarla. Había un cabello adherido al margen de la herida.

Moore levantó la vista con súbito interés.

—¿De la víctima?

—Mucho más corto. Castaño claro.

El pelo de Elena Ortiz era negro.

Rizzoli dijo:

—Ya pedimos muestras de cabello de todos los que estuvieron en contacto con el cuerpo.

Tierney dirigió su atención a la herida.

—Lo que tenemos aquí es un corte transversal. Los cirujanos lo llaman una incisión *Maylard*. La pared abdominal

fue cortada capa por capa. Primero la piel, luego la capa superficial, luego el músculo, y por último el peritoneo pélvico.

—Igual que Sterling —dijo Moore.

—Sí. Igual que Sterling. Pero hay algunas diferencias.

—¿Qué diferencias?

—En Diana Sterling había algunas irregularidades en la incisión, lo que indica vacilación, o duda. Eso no se ve aquí. ¿Ves con qué prolijidad ha sido cortada la piel? No hay una sola melladura. Hizo esto con absoluta confianza. —Los ojos de Tierney se encontraron con los de Moore.

—Nuestro individuo está aprendiendo. Ha mejorado su técnica.

—Es el mismo sujeto desconocido —dijo Rizzoli.

—Hay más similitudes. ¿Ves este borde cuadrado al final de la herida? Indica que el instrumento se movió de derecha a izquierda. Como Sterling. La hoja utilizada en esta herida es de un filo liso, no serrado. Como la hoja utilizada con Sterling.

—¿Un escalpelo?

—Podría ser un escalpelo. La prolija incisión me dice que no hubo torcedura de la hoja. La víctima estaba inconsciente o tan bien atada que no se podía mover, no podía luchar. No pudo hacer que la hoja se desviara en su trayecto rectilíneo.

Barry Frost parecía tener ganas de vomitar.

—Oh, Jesús. Por favor díganme que ya estaba muerta cuando él le hizo esto.

—Me temo que no fue una herida post mórtem. —Sólo los ojos verdes de Tierney aparecían por encima del barbi-jo, y se veían enojados.

—¿Hubo sangrado antes de la muerte? —preguntó Moore.

—Derrame en la cavidad pélvica. Lo que significa que su corazón todavía bombeaba sangre. Todavía estaba viva cuando este... procedimiento tuvo lugar.

Moore observó las muñecas, rodeadas de moretones. Había moretones similares en ambos tobillos, y una franja de petequia —puntitos de hematoma en la piel— extendida alrededor de la cadera. Elena Ortiz había forcejeado contra sus ataduras.

—Hay otra evidencia de que estaba viva durante el corte —dijo Tierney—. Mete tu mano dentro de la herida, Thomas. Creo que sé lo que vas a encontrar.

De mala gana Moore introdujo su mano enguantada dentro de la herida. La carne estaba fría, congelada tras varias horas de refrigeración. Le recordó lo que se sentía al meter la mano en la carcasa de un pavo para quitar el paquete de menudos. Metió la mano hasta la altura de su muñeca, los dedos explorando los márgenes de la herida. Esta exploración de la parte más privada de la anatomía femenina era una violación íntima. Evitó mirar la cara de Elena Ortiz. Era la única forma en que podía considerar sus restos mortales con distanciamiento, la única manera en que podía concentrarse en la fría mecánica de lo que le había sido hecho a su cuerpo.

—Falta el útero. —Moore miró a Tierney.

El médico asintió.

—Ha sido extirpado.

Moore quitó su mano del cuerpo y observó fijamente la herida, abierta como una boca. Ahora Rizzoli metía su mano enguantada, haciendo fuerza con sus cortos dedos para poder explorar la cavidad.

—¿No se extirpó nada más? —preguntó.

—Sólo el útero —dijo Tierney—. Dejó la vejiga y los intestinos intactos.

—¿Qué es esto que siento aquí? Este nódulo duro, en el lado izquierdo —dijo ella.

—Es sutura. La utilizó para cerrar vasos sanguíneos.

Rizzoli levantó la vista sorprendida.

—¿Esto es un nudo quirúrgico?

—Ni más ni menos que *catgut* —aventuró Moore, buscando la confirmación de Tierney con la mirada.

Tierney asintió.

—La misma sutura que encontramos en Diana Sterling.

—¿*Catgut*? —preguntó Frost con voz débil. Se había alejado de la mesa y ahora permanecía de pie en un rincón de la sala, listo para acudir al lavatorio—. ¿Es... algo así como una marca?

—No es una marca —dijo Tierney—. El *catgut* es una clase de hilo quirúrgico hecho con intestinos de vaca o de oveja.

—¿Entonces por qué se llama así? —preguntó Rizzoli.

—Se remonta a la Edad Media, cuando se utilizaban cuerdas de intestino para los instrumentos musicales. Los músicos utilizaban un violín pequeño al que llamaban *kit*, y por eso las cuerdas se llamaban *kitgut*. La palabra derivó en *catgut*. En cirugía, esta clase de sutura se utiliza para coser capas profundas de tejido conectivo. Al final del proceso el cuerpo rompe el material de sutura y lo absorbe.

—¿Y de dónde habrá sacado esta sutura? —Rizzoli miró a Moore—. ¿Ubicaste su posible origen durante el caso Sterling?

—Es casi imposible identificar una fuente específica —dijo Moore—. La sutura *catgut* es manufacturada por una docena de compañías distintas, casi todas de Asia o de la India. Todavía se utiliza en algunos hospitales extranjeros.

—¿Sólo en hospitales extranjeros?

—Hoy existen mejores alternativas —dijo Tierney—. El *catgut* no tiene la fuerza ni la duración de las suturas sintéticas. Dudo mucho que los cirujanos estadounidenses lo estén utilizando hoy en día.

—¿Y por qué nuestro asesino la utilizaría?

—Para mantener su campo visual. Con el fin de controlar la hemorragia el tiempo suficiente como para ver lo que hace. Nuestro asesino es un hombre muy pulcro.

Rizzoli extrajo su mano de la herida. La palma enguantada ostentaba un diminuto coágulo de sangre, como un abalorio rojo.

—¿Cuán diestro es? ¿Estamos lidiando con un médico? ¿O con un carnicero?

—Lo que está claro es que tiene conocimientos de anatomía —dijo Tierney—. No me cabe duda de que ya hizo esto antes.

Moore se alejó de la mesa, tratando de apartar el pensamiento de lo que debería de haber sufrido Elena Ortiz, aunque incapaz de mantener las imágenes a raya. Las consecuencias yacían justo delante de él, mirándolo con los ojos abiertos.

Se volvió con un sobresalto cuando los instrumentos entrechocaron en la bandeja de metal. El asistente de la morgue había empujado la bandeja hacia el doctor Tierney, preparado para la incisión en Y. Ahora el asistente estaba inclinado hacia delante y escrutaba la abertura abdominal.

—¿Y qué hace con él? —preguntó—. Una vez que arrebató el útero, ¿qué hace con él?

—No lo sabemos —dijo Tierney—. Los órganos nunca fueron encontrados.

Dos

Moore estaba parado en la vereda del barrio del South End donde Elena Ortiz había muerto. Alguna vez había sido una calle de lúgubres pensiones, un mugriento barrio periférico separado por las vías del ferrocarril de la más cotizada mitad norte de Boston. Pero una ciudad en crecimiento es una criatura voraz, siempre en busca de nuevas tierras, y las vías del ferrocarril no constituyen una barrera para la mirada ávida de los urbanistas. Una nueva generación de bostonianos había descubierto el South End, y las viejas casas de alquiler gradualmente fueron convertidas en edificios de apartamentos.

Elena Ortiz vivía en uno de esos edificios. A pesar de que la vista desde su segundo piso no era inspiradora —sus ventanas daban al lavadero de enfrente—, el edificio al menos ofrecía una valiosa comodidad difícil de encontrar en la ciudad de Boston: una cochera privada, medio oculta en el callejón adyacente.

Moore caminaba ahora por ese callejón, siguiendo con la vista las ventanas de los apartamentos superiores, preguntándose quién lo estaría mirando en ese momento. Nada se movía detrás de los ojos vidriosos de las ventanas. Los inquilinos de este callejón ya habían sido interrogados; nadie había podido dar información de valor.

Se detuvo bajo la ventana del baño de Elena Ortiz y levantó la vista hacia las escaleras de emergencia que llevaban a ella. El último tramo de la escalera estaba replegado y asegurado en su posición horizontal. La noche que Elena Ortiz murió, el auto de un inquilino estaba estacionado jus-

to bajo las escaleras de emergencia. Huellas de zapatillas tamaño cuarenta y uno fueron encontradas más tarde sobre el techo del auto. El asesino lo había utilizado como peldaño para darse envión y alcanzar las escaleras de emergencia.

Vio que la ventana del baño estaba cerrada. No lo estaba la noche en que ella encontró a su verdugo.

Abandonó el callejón y volvió hacia la entrada principal a fin de entrar en el edificio.

Las cintas protectoras de la policía colgaban como flojas serpentinas sobre la puerta del departamento de Elena Ortiz. Corrió el cerrojo y el polvo para huellas digitales se le pegó a la mano como hollín. Una cinta suelta revoloteó sobre sus hombros cuando entró en el departamento.

El living estaba tal como lo recordaba desde su inspección del día anterior junto con Rizzoli. Había sido una visita desagradable, cargada de rivalidad latente. El caso Ortiz había comenzado con Rizzoli como detective en jefe, y ella era lo bastante insegura como para sentirse amenazada por cualquiera que cuestionara su autoridad, en particular un policía varón y mayor que ella. A pesar de estar ahora en el mismo equipo, un equipo que se había ampliado a cinco detectives, Moore se sentía como un intruso en su terreno, y había tenido el cuidado de manifestar sus sugerencias en los términos más diplomáticos. No tenía ganas de embarcarse en una batalla de egos, aunque en eso se había convertido. Ayer había tratado de concentrarse en la escena del crimen, pero el resentimiento de Rizzoli pinchaba a cada momento la burbuja de su concentración.

Únicamente ahora, solo, podía concentrar por completo su atención en el departamento donde había muerto Elena Ortiz. En el living notó un mobiliario mal combinado alrededor de una mesa ratona de mimbre. En un rincón había una computadora, y en el piso una alfombra beige con un diseño de hiedras y flores rosadas. Nada había sido movido desde el asesinato, nada había sido alterado, según Rizzoli.